

ÍNDICE

0. INTRODUCCIÓN.....	9
1. CORRALAS Y BALCONES: ARQUITECTURA POPULAR MADRILEÑA	11
1.1. ORIGEN Y CARACTERÍSTICAS DE LAS CORRALAS.....	11
1.2. LOS BALCONES DE MADRID	32
2. EL MADRID QUE QUERÍA SER INDUSTRIAL.....	43
2.1. LOS MATADEROS DE MADRID	45
2.2. LA FÁBRICA DE TABACOS.....	58
2.3. EL GAS DE MADRID.....	68
2.4. LAS FÁBRICAS DE CERVEZA.....	74
2.5. LA INDUSTRIA DEL HIELO	85
2.6. LA INDUSTRIA DE LA MADERA	93
2.7. LA FÁBRICA DE PIANOS DE MONTANO.....	99
2.8. LOS PABELLONES FERROVIARIOS DE VILLAVEVERDE.....	104
2.9. LA FÁBRICA DE ASCENSORES DE BOETTICHER	110
2.10. OTRAS INDUSTRIAS EN EL SUR DE MADRID	114
3. GREMIOS MEDIEVALES Y COMERCIOS CENTENARIOS.....	121
3.1. LAS PRIMERAS TIENDAS CUBIERTAS: LOS SOPORTALES	121
3.2. UNAS VELAS QUE ARDEN DESDE EL SIGLO DE ORO	127
3.3. LAS TIENDAS MÁS ANTIGUAS DE MADRID	133

3.4. UN PAN CALIENTE DESDE LA EDAD MEDIA	136
3.5. LOS ARRIEROS MARAGATOS Y EL PESCADO MADRILEÑO	149
4. USOS Y COSTUMBRES DE LAS VIEJAS TABERNAS	157
4.1. LOS TABERNEROS	157
4.2. LOS CAMAREROS	160
4.3. HISTORIA DE UNA TABERNA EMBLEMÁTICA: CASA LABRA	165
4.4. HISTORIAS DE MALACATÍN	170
4.5. USOS E INGENIOS OLVIDADOS DE LAS ANTIGUAS TABERNAS.....	178
5. EL AGUA DE MADRID: MANANTIALES Y CANALIZACIONES.....	189
5.1. LOS ÚLTIMOS MANANTIALES DE MADRID	189
5.2. LOS VIAJES DE AGUA.....	197
5.3. EL CANAL DE ISABEL II.....	202
5.4. EL REAL CANAL DEL MANZANARES.....	208
6. HERMANDADES BENÉFICAS DEL SIGLO DE ORO	223
6.1. LA HERMANDAD DEL REFUGIO.....	224
6.2. EL HOSPITAL DE LA VENERABLE ORDEN TERCERA.....	232
6.3. LA HERMANDAD DE LA BUENA DICHA.....	236
7. DE REALES SITIOS A PARQUES PÚBLICOS.....	239
7.1. EL REAL SITIO DEL BUEN RETIRO	239
7.2. LA CASA DE CAMPO	254
7.3. OTROS REALES SITIOS CONVERTIDOS EN PARQUES.....	268
7.4. ÁRBOLES SINGULARES DE MADRID	274
7.5. LOS MAPAS DE ESPAÑA EN RELIEVE.....	281
BIBLIOGRAFÍA.....	287

0. INTRODUCCIÓN

Caminando por Madrid nos topamos a veces con edificios y lugares que nos llaman la atención y nos hacen preguntarnos: ¿qué había aquí antes?, ¿era una vieja fábrica?, ¿una institución benéfica?, ¿una tienda tal vez?... pero rara vez tenemos tiempo para investigar y aclarar qué fue o qué significó ese lugar a lo largo de la historia.

Este libro quiere ayudarnos a interpretar edificios, rincones, jardines y ruinas que forman parte del paisaje urbano madrileño y que, en muchos casos, al perder su uso original, han ido borrándose de la memoria de las gentes.

En estas páginas abordamos por primera vez la historia de las corralas, edificios muy representativos de la arquitectura popular madrileña difícilmente identificables desde el exterior; conoceremos su origen, sus características y su evolución a lo largo de los siglos. Sabremos más sobre las viejas fábricas madrileñas: Mahou, El Águila, Gas Madrid... y sobre las industrias reconvertidas de una capital que soñaba con ser industrial. Conoceremos una de las cererías más antiguas del mundo. Descubriremos una fábrica de pianos oculta en el corazón de Madrid. Hablaremos con el último hortelano de nuestro municipio. Visitaremos hermosos pabellones fe-

rroviarios donde reside un viejo poeta. Desvelaremos el funcionamiento de alguna misteriosa institución benéfica del siglo xvii que sigue activa. También nos remontaremos en el tiempo en una vieja fábrica de ascensores. Y sabremos cómo soportaba la gente el tórrido verano a través de una fábrica de hielo. Situaremos los reales sitios donde se divertía la realeza, hoy convertidos en parques públicos. Visitaremos rincones totalmente olvidados como los restos del castillo de Fernando VII, en El Retiro, o las ruinas de la Casa de Vacas, en la Casa de Campo. Conoceremos la historia del Matadero, recorriendo uno por uno los sucesivos enclaves de los diversos mataderos madrileños. Sabremos cómo era el trabajo de las cigarreras en la Fábrica de Tabacos de Embajadores. Haremos visibles los escondidos soportales de la calle Mayor y desentrañaremos el origen gremial de las tiendas más antiguas de Madrid. Rendiremos culto al buen pan de tahona en lugares como Villa de Vallecas, donde pervive una tradición panadera que se inició en la Edad Media. Beberemos agua de los últimos manantiales naturales que aún brotan en la ciudad. Explicaremos lo que fueron los viajes de agua que abastecían a la villa de Madrid y la posterior realización del Canal de Isabel II, recorriendo a continuación los restos perceptibles del Real Canal del Manzanares. Pero no solo de agua vive el hombre, también beberemos vino mientras sondeamos las cuevas de las antiguas tabernas. Hablando con taberneros y camareros sabremos el porqué de los usos y costumbres de nuestras más entrañables tascas. Al término de este viaje apasionante, espero haber convencido al lector de que valía la pena rescatar estos lugares del olvido.

El Madrid olvidado son siete libros condensados en uno solo. Aquí se cuentan de modo ágil y ameno datos e historias que nos harán comprender mejor la vida, las costumbres y el carácter de una ciudad que sigue siendo bastante desconocida para sus moradores y visitantes

1. CORRALAS Y BALCONES: ARQUITECTURA POPULAR MADRILEÑA

1.1. Origen y características de las corralas

UNA CORRALA EN AMANIEL

Caminando por la calle de Amaniel, veo que está abierta la puerta del n.º 6 y me meto a curiosear. El sol de la mañana limpia y pule las vigas y las barandillas. Teodora está cuidando sus geranios y nos ponemos a hablar de trucos para que las plantas se pongan guapetonas y de remedios para combatir la plaga de las mariposas.

Teo, amable por naturaleza, como las vecinas de mi barrio de toda la vida, me enseña la corrala y me presenta a

Paquita, su prima política, que en esos momentos se encarga de regar los macetones del patio. Paquita y Teo me dicen que suba a ver a Juani, que es la vecina más antigua y la que más sabe de la historia del edificio.

Juani me pide disculpas porque aún tiene la casa sin hacer, pero me enseña todas sus habitaciones, como se hacía antes, cuando enseñar la casa era un símbolo de hospitalidad. En los estantes, decenas de fotos cuentan la historia de su familia y de las gentes de esta corrala. Todo empezó cuando la abuela de Juani (que también lo era de Paquita y del marido de Teodora) se instaló en



Madrid es la ciudad del mundo con más casas de corredor.

esta casa, allá por el año 1870, y en ella tuvo sus once hijos. Gran parte de los hijos también se asentaron aquí, y todavía residen algunos de los nietos. «Aunque ya no es como antes –me dice Juani– porque antes se conocían todos los vecinos y se trataban y se ayudaban».

Hoy, cuando los vecinos de muchos edificios ni siquiera se saludan, merece la pena recordar ese espíritu comunitario que hubo en muchas corralas. Claro

que también a veces se echaba en falta un poco más de intimidad. Y es que la privacidad en estas viviendas no era mucho mayor que la que hay hoy día en Facebook.

Una vez al año, en el día de Santiago Apóstol, patrón de la barriada de Comendadoras, los vecinos engalanaban el patio y celebraban una fiesta por todo lo alto. Cada tarde, una vez cumplido el horario escolar, la tribu de los niños

llegaba del colegio con hambre y con ganas de hacer pis. Los mastuercillos se colaban en la garita de la portera y le cogían trozos de pan de los cajones, y luego meaban en su retrete, que daba gusto entrar de lo relimpio que estaba. En aquellos tiempos solo había un retrete para cada planta y la vecindad se turnaba en la limpieza. Cada día de la semana le tocaba a un vecino, y para recordárselo colgaban una tablilla en su puerta.

Juani me sigue contando cosas de su corrala y me habla de sus padres y de tantas gentes que ha podido conocer esta buena mujer en los 85 años que lleva aquí. Y escuchándola me parece ver entrar y salir por la puerta a niños, abuelos, porteros, carteros que traen cartas, novios que despiden a las novias en el portal, personajes que se van decolorando hasta que se convierten en palabras, palabras que nos invitan a tratarnos más y mejor con la gente que nos rodea, porque en eso está la clave de la vida en armonía.

Si el lector no había oído nunca mencionar la corrala de Amanuel, probablemente tampoco habrá oído hablar

de otras corralas como las que vamos a reseñar a continuación. Pero antes de nada, intentaré describir con más detalle las características de las corralas.

ORIGEN DE LAS CORRALAS

Las corralas o casa de corredor son edificios dispuestos en torno a un patio central, a cuyas viviendas, de pequeño tamaño, se accede por corredores abiertos que dan a un patio central. Este tipo de vivienda tuvo un notable desarrollo en nuestra ciudad, testimonio del cual son los cuatro centenares de corralas que perviven en los barrios



La corrala surge en el II milenio antes de Cristo.



Maqueta de una *insulae* romana en Ostia Antica.

madrileños. Pese a su indudable interés arquitectónico y sociológico, y por increíble que pueda parecer, a nadie se le ha ocurrido hasta el momento hacer un estudio en profundidad sobre las corralas, por lo que vale la pena empezar a reconstruir su historia y esbozar un detallado análisis de las mismas. Con esta investigación, esperamos abrir la puerta a un mayor conocimiento de este entrañable modelo de arquitectura popular.

La palabra corral, o su equivalente corrala, procede según se cree del latín. Vendría de *currus*, carro, y este térmi-

no serviría para designar un espacio, inicialmente circular, protegido del exterior por una valla o muro. Un corral era el lugar donde se guardaba el ganado y, con el tiempo, este término servirá para designar cualquier construcción edificada en torno a un patio.

El origen de la corrala se remonta a la antigua Mesopotamia, donde los patios articulaban la mayoría de los edificios residenciales. Ya desde sus orígenes tendríamos dos tipos de corralas: la casa con corredor y el patio de vecindad.

En primer lugar tenemos las casas con corredor, es decir, casas con for-

ma de corro, en torno a un patio, que se elevan en altura con uno o más pisos, estando las diferentes estancias o viviendas comunicadas entre sí por un corredor o galería. Este sistema constructivo permitía aprovechar al máximo el espacio, ya que el corredor reducía el exceso de pasillos y escaleras que hubiera sido necesario para comunicar muchos elementos comunes de forma independiente. En las antiguas civilizaciones del Medio Oriente y el Mediterráneo, los constructores colocaban unas vigas de madera más largas que los propios techos y eso permitía, de un modo sencillo y económico, trazar sobre los extremos de esas vigas los corredores o galerías que comunicaban las estancias de la planta inmediatamente superior. Es en la ciudad mesopotámica de Ur donde aparecen los restos de la primera vivienda urbana conocida en el mundo. Esta vivienda constaba de varias habitaciones situadas en torno a un patio central. Había en ella una escalera próxima a la entrada que daba acceso al piso de arriba, a cuyas habitaciones se accedía mediante un corredor o pasillo exterior con barandilla de madera que

rodeaba el patio. Considere el lector la importancia de este descubrimiento: ¡la primera vivienda urbana de la historia era una corrala!

Por otra parte, las primitivas ciudades de Babilonia y Asiria tenían unos sistemas defensivos muy desarrollados. Además de la muralla perimetral, cada calle tenía su propia puerta que se cerraba en caso de peligro. Así, la calle se convertía en una especie de patio alargado con un único acceso. Igualmente, desde tiempo inmemorial han existido casas rurales o urbanas rodeadas por un muro y con todas las dependencias: habitaciones, almacenes, graneros, edificadas en torno al patio central. Este sería el origen de los patios de vecindad.

Tenemos noticia de ciertas construcciones en la antigua Grecia que seguirían pautas parecidas. En la Roma imperial hubo dos tipos de viviendas que en cierto modo podemos considerar antecedentes de las corralas. Por un lado, estaba la *domus* romana, con un peristilo o patio columnado, que tenía a menudo un segundo piso con una galería de columnas situadas a la misma altura que las del piso inferior. Por

otro lado, existían las *insulae*, casas de vecinos de entre cuatro y cinco alturas articuladas en torno a un patio que, a menudo presentaban balconadas o balcones corridos rodeando el exterior de alguno de los pisos.

También hay quien considera como una variedad de las corralas a los *qu-rralat* de los judíos. Patios y corrales se desarrollan en las poblaciones musulmanas que se van a asentar en el Medio Oriente y el Mediterráneo. Vestigio de estas construcciones árabes fueron los sevillanos corrales de vecindad.

En España, el modelo de casa árabe con corral se adapta tras la Reconquista a los usos residenciales cristianos. En las nuevas villas posteriores a la Reconquista, las casas con corredores y balaustradas son habituales en la mayoría de las plazas mayores.

Muchas edificaciones conventuales, realizadas en torno a un patio central o claustro, seguían este mismo patrón; por ello, los monasterios cristianos difunden este sistema constructivo allá donde se asientan. Ello explicaría la existencia de algunos modelos residenciales en la América colonial. En la

segunda mitad del siglo XIX, la corrala o casa de corredor se extiende por las ciudades industriales de Europa y América del Sur, esta vez con la misión de albergar a la numerosa población rural que llega a las ciudades atraída por la industrialización.

El motivo por el cual se construyeron numerosas corralas en Madrid tiene relación con la continua llegada de inmigrantes rurales a la ciudad en busca de mejores condiciones de vida. Teniendo en cuenta que la cerca de Felipe IV, que impedía crecer a la ciudad, no se derribó hasta 1868, las casas de corredor eran una fórmula constructiva para albergar a un gran número de personas en un espacio reducido. Las corralas, que en origen tenían una o dos alturas, crecen hasta los seis o siete pisos, maximizando de esa forma la renta del suelo.

En la segunda mitad del siglo XX, una parte importante de las corralas madrileñas se hallaba en malas condiciones de habitabilidad. El hecho de ser casas de renta limitada hacía que sus propietarios carecieran de ingresos suficientes para acometer las necesarias reformas. La gran mayoría de las co-

rralas hubiera sido derribada de no ser porque en los años ochenta, en tiempos del alcalde Tierno Galván, existió una gran sensibilidad hacia el patrimonio histórico-artístico y las casas de corredor fueron protegidas. Con las ayudas públicas y el meritorio trabajo de la Empresa Municipal de la Vivienda, muchas de estas casas pudieron ser rehabilitadas y forman hoy parte del patrimonio cultural de los madrileños.

DEL CORRAL A LA CORRALA

En las urbes españolas de los siglos xvii y xviii eran frecuentes los corrales, o casas en torno a un patio. Al llegar el siglo xix, la afluencia de inmigrantes que llegan desde las áreas rurales a la ciudad atraídos por la creciente industrialización, hace que se empiecen a construir casas de corredor de varias alturas. Estas casas, que retomaban el modelo de los corrales en su planta, serán denominadas corralas, en femenino. El ejemplo más evidente del «cambio de sexo» de las casas de corredor lo tenemos en la conocida corrala de la calle Mesón de Paredes, junto a las Escuelas Pías. Sobre lo que habían sido los

«corrales» del escribano Antonio Cros, se construyó en 1839 una «corrala» de cinco alturas.

Las corralas van a estar presentes en la literatura costumbrista del siglo xix y primera parte del xx. Los sainetes y las zarzuelas más populares van a reflejar este modo de vida en comunidad muy característico del casticismo madrileño.

En cuanto a los corrales, en masculino, no podemos dejar de referirnos a los corrales de comedias, es decir, ca-



En el siglo xix los corrales pasan a llamarse corralas.
(Corral de Comedias de Almagro)

sas de corredor que se utilizaron a partir del siglo xvi para representar obras de teatro. Para hacernos una idea de cómo eran aquellas funciones teatrales en los corrales, digamos que había dos espacios básicos para presenciar las funciones: el patio y los corredores. En el patio se situaba la «infantería» o gente que estaba de pie. Eran los que tiraban los pepinos y tomates si no les gustaba la obra, pero también eran los que sacaban a hombros a los cómicos y les paseaban por el barrio si habían disfrutado. En los corredores y ventanas había sillas de anea para sentarse. Por cierto, que todavía hoy en día los teatros siguen respondiendo a los modelos creados por el corral de comedias. Todavía hoy llamamos «patio» a la parte inferior donde están las butacas y, del mismo modo, las galerías laterales o palcos recuerdan a los corredores de las corralas. Hay que recordar que en los primitivos teatros no había luz eléctrica, así que las funciones empezaban pronto, sobre las cinco de la tarde. El comienzo de la temporada tenía lugar el domingo de Resurrección, en el inicio

de la primavera, que era cuando los días empezaban a ser más largos.

En Madrid hubo corrales de renombre como el del Príncipe y el de la Cruz. En ellos se representaban obras de nuestros grandes escritores: Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina... y con el dinero recaudado se financiaban las procesiones de Semana Santa y se mantenían instituciones benéficas. El llamado corral del Príncipe, creado a finales del xvi, pasó a convertirse en el flamante Teatro Español, que aún permanece en activo en su emplazamiento original, en la actual plaza de Santa Ana.

En torno a 1620 llegó a haber media docena de corrales. Como la cosa iba viento en popa, el Ayuntamiento decidió sacar tajada y les asfixió a impuestos, motivo por el cual cuatro de ellos cerraron y los dos que quedaron, el Príncipe y la Cruz, anduvieron tambaleándose hasta que finalmente el Consistorio tuvo que hacerse cargo de ellos. ¡Cómo nos recuerdan a veces las situaciones del pasado a las del presente! Bien, el caso es que a fines del xvii

los corrales pasaron a llamarse coliseos o teatros, como exigía la «modernidad».

LA CORRALA EN EL MUNDO

Madrid es la ciudad en la que las corralas han tenido un mayor desarrollo y uno de los escasos lugares en que se han conservado hasta nuestros días. En la península ibérica hubo otros dos modelos similares: los corrales de vecinos en Sevilla, de origen musulmán, y las islas o *ilhas* en Oporto. De los corrales

de vecinos sevillanos quedan apenas algunas muestras, ya que en la etapa final del siglo xx ha existido poca sensibilidad patrimonial. En cuanto a las *ilhas* de Oporto, de las que quedan muy pocas, no deja de llamarnos la atención el nombre de islas, ya que en la antigua Roma se llamaba *insulae* a ciertos bloques de viviendas.

El modelo de patio de vecindad se desarrolla en Lisboa, con las *vilas* y *patios*, y también en Latinoamérica: allí





Madera, yeso y ladrillo: elementos sostenibles, crean la sencilla belleza de los patios.

tenemos las *cités* de Santiago de Chile, los *patios* de Buenos Aires o las desaparecidas *quintas* de Venezuela.

La influencia de la corrala creó las *vecindades* de México, los *conventillos* de Chile y Argentina, o las *quintas* y los *tugurios* de Perú.

En Europa, aparte de las numerosas corralas de Madrid, existen abundantes de casas de corredor en Budapest. También fueron habituales en ciudades industriales como Milán, donde se las conoce como *casas de ringhièri* o casas de barandilla. Algunas de estas corralas han sido rehabilitadas por em-

presas hoteleras especializadas en alojamientos con encanto.

También en España hay que reseñar las corralas del casco antiguo de Aranjuez; aunque algunas de ellas se han perdido y otras merecerían mejor conservación, es en la ciudad ribereña donde podemos contemplar las pequeñas corralas de un solo corredor que conservan idénticos parámetros a las primitivas edificaciones matritenses.

CARACTERÍSTICAS DE LAS CASAS DE CORREDOR

La mayoría de las corralas madrileñas tienen planta rectangular, con patios estrechos y alargados y un número de alturas que oscila entre una y siete plantas. En las construcciones más antiguas, los elementos sustentantes de los corredores son de madera. Estas columnas o «pies derechos» están formadas por tres elementos: una basa de piedra caliza o de granito, un fuste de madera de base cuadrada y una zapata sobre la que apoya el durmiente en el cual descansan los pares que forman el corredor. Los corredores tienen una barandilla o quitamiedos que en origen

era de madera. En el último cuarto del siglo XIX los pies derechos empiezan a ser de hierro.

Originariamente había uno o dos aseos por planta, situados en uno de los extremos del corredor. Los tejados eran de teja árabe y las chimeneas de cerámica, siendo muy popular un tipo de chimenea cilíndrica con ventanitas. Las corralas solían tener pozo, a veces de agua potable y otras veces de agua salobre apta únicamente para la limpieza. Desde mediados del XIX comienzan a instalarse en los patios fuentes de uso colectivo. Las viviendas, que no solían superar los veinte metros cuadrados, tenían dos piezas, siendo la primera una especie de salón-comedor-dormitorio-cocina, con una ventana al exterior y la habitación del fondo, llamada alcoba, era a la vez dormitorio y armario, generalmente sin ventana.

He visitado una de estas «celdas» en la calle de la Ruda, donde hasta los años sesenta del siglo XX vivió una familia madrileña compuesta por seis personas. Esta familia se organizaba así: en la habitación interior, que no disponía de ventana, había una cama de matri-

monio en la que dormían los padres y los dos hijos. Los padres en la posición habitual y los hijos a sus pies, acostados de través. En la habitación exterior, la cama de los abuelos, una mesa, una pequeña cocina y un fregadero. La falta de recursos hacía que en algunas vivien-



El pozo no solía faltar en los patios.
Corrala de la calle del Rollo.

das se metieran incluso dos familias. Una situación inimaginable para la mayoría de nuestros contemporáneos.

LOS RETRETES COLECTIVOS

Una de las deficiencias más comentadas de las antiguas corralas ha sido la escasez de servicios higiénicos. Lo normal era que hubiera un váter para cada planta. Los retretes solían estar en línea, en uno de los extremos del corredor. Cada semana se encargaba una familia diferente de la limpieza del aseo colectivo. No faltaban los que se hacían los remolones a la hora de limpiar. También eran frecuentes las averías, y no siempre se reunía el dinero necesario para llamar al fontanero.

Así describía Philip Hauser una de las típicas corralas madrileñas en 1902:

Que es la del núm. 37 de la ronda de Segovia. En una tablilla colgada delante del portal de la casa se lee la inscripción: Cuartos de alquiler con fuentes de agua, de cinco a seis pesetas mensuales. Al entrar por el portal, llama la atención el aspecto asqueroso del patio, que mide aproximadamente unos 15 metros de largo sobre cinco de ancho, y el olor hediondo, que ofen-

de al olfato, procedente de las letrinas que se hallan en el centro de un pasadizo que une ambos costados de la casa. Excuso decir que los retretes son del tipo más primitivo y que solo existe uno para cada piso. Al examinar la fuente que hay en el centro del patio, se nos acercó uno de los inquilinos del piso bajo, dándonos queja (por creer que éramos el administrador o el propietario de la casa) del estado del retrete...

LA VIDA COTIDIANA EN LAS CORRALAS

El lector puede hacerse una idea sobre cómo era la vida cotidiana en estos edificios, leyendo las novelas costumbristas de Galdós y Baroja, o conociendo las zarzuelas y sainetes más populares.

En el Madrid de los siglos pasados la lucha por la vida era muy dura y la vivienda era apenas un lugar donde caer rendido al llegar la oscuridad de la noche. Eso sí, ni siquiera el descanso estaba garantizado. El hacinamiento y la falta de higiene propiciaban la aparición de plagas e infecciones. Los viejos colchones eran a menudo nidos de chin-

ches que, no teniendo nada mejor que hacer, se entretenían dando picotazos a los durmientes. Cada cierto tiempo se saneaban los colchones frotándolos con cepillo y lejía, pero a veces el remedio no servía más que para irritar a los insectos, a los cuales la lejía volvía mucho más agresivos. En fin, una serie de molestias que nos revelan la gran capacidad de aguante que tenían los sufridos madrileños de entonces.

Otro de los inconvenientes de las casas de corredor era la falta de intimidad. Cualquier detalle de la vida de sus moradores era de dominio público, más o menos como en el Facebook actual. En tiempos en que se cotilleaba demasiado sobre los vecinos, tal vez porque no había famosillos televisivos a los que despellejar, la cosa podía resultar un poco agobiante. Pero ese interés por la vida de los otros también tenía su con-



En las fiestas del barrio, la corrala se engalanaba y los vecinos montaban su propio bailongo.

trapartida en positivo. Y es que cuando un vecino necesitaba ayuda, generalmente no tardaba en recibirla. Ese espíritu de grupo se notaba también en la fiesta anual. Cada año, el día del patrón del barrio, se organizaba un festejo en la que participaba toda la corrala. Los corredores se engalanaban con banderolas, se contrataba un organillero, un acordeonista o unos dulzaineros y se preparaba un gran cántaro o barreño con *limoná* (sangría hecha con vino blanco y frutas).

En el siglo XIX se instalan fuentes en los patios de las corralas y ello propicia una nueva costumbre: bajar a lavar al patio. Las vecinas bajan con sus barreños llenos de ropa y, mientras frotan y refrotan las sábanas en la tabla de lavar, surge una tertulia de lo más animada. Los niños son los que más disfrutan de la vida corralera. Al haber abundancia de chiquillos y un patio cerrado donde jugar, la diversión está servida. Únicamente hay un horario en el que está prohibido jugar: la hora de la siesta.

El portero o, más a menudo, la portera eran una institución en las corralas, imprescindibles como el timonel en

un navío. Una portera eficiente podía hacer más fácil la vida a los vecinos, proporcionando tanta información útil como cualquier foro moderno de Internet. Otro personaje omnipresente era el casero. El casero era un vecino a quien el dueño contrataba como administrador y guardián del edificio, encargándose de cobrar los alquileres y de poner orden cuando hacía falta. A medida que avanzaba el siglo veinte, las funciones de casero y portero tendieron a unirse en la figura de la portera, quien a menudo recibía un sueldo realmente escaso y tenía que complementar sus ingresos con las propinas, haciendo recados o instalando en su garita un pequeño puesto de chucherías.

CORRALAS CASI DESCONOCIDAS

Hace unos años, la Empresa Municipal de la Vivienda, la Universidad Politécnica y el Colegio de Aparejadores realizaron un censo para evaluar el estado de las corralas existentes. Se contabilizaron 440 corralas. Según el Ayuntamiento, la vivienda tipo mide entre 18 y 32 metros cuadrados. No pocas corralas presentan deficiencias arquitectóni-